



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo N° 64

16 de diciembre de 2009

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MARTÍN MANGIANTINI

Los orígenes de la Revolución Francesa y el problema de su composición social. Un debate historiográfico

RESUMEN

El presente trabajo se propone abordar una problemática ampliamente discutida como lo es la Revolución Francesa. Se realizará un enfoque netamente historiográfico con un objetivo doble: por un lado, profundizar la discusión sobre cuál es el actor social que protagonizó este paradigmático proceso histórico y qué contenido de clase conllevó esta revolución. Por otro lado, y en relación con este interrogante, realizar un relevo de las diversas corrientes historiográficas existentes en el siglo XX desde los autores clásicos del marxismo y el liberalismo hasta llegar a las corrientes historiográficas del presente.

PALABRAS CLAVE

Historiografía, Revolución Francesa, Estado de la cuestión

Martín Mangiantini

Profesor de Historia. Universidad de Buenos Aires

martinmangiantini@gmail.com
mangiantini2001@yahoo.com.ar

[Claseshistoria.com](#)

16/12/2009

INTRODUCCIÓN

La Revolución Francesa fue una de las temáticas mayormente abordadas desde la historiografía europea y norteamericana en los siglos XIX y XX. Buena parte de estas producciones hicieron hincapié en las diversas causas que desencadenaron este proceso. Si bien no es posible desatender este aspecto y el mismo estará implícito, el objetivo del presente trabajo recaerá en analizar cómo la historiografía caracterizó el rol jugado por los diversos sectores sociales que participaron de esta coyuntura revolucionaria. En ese sentido, se pretende analizar cuál fue el rol que en este hecho jugaron tanto aristocracia, la burguesía y los sectores subalternos (entendiendo por éstos al campesinado y a los trabajadores urbanos). A través de la comparación de autores se pretende reflexionar sobre cuáles eran las características generales de cada sector social, sus intereses político-económicos durante el proceso revolucionario y, de estar presente, definir la presencia o no de una conciencia de clase al interior de cada uno de ellos. De estas visiones en torno a cada sector de la sociedad francesa del siglo XVIII se desprenderán posteriormente las categorías historiográficas que permitieron a lo largo de la historiografía del siglo XX caracterizar este proceso como “revolución de notables”, “revolución burguesa”, “revolución de la burguesía en alianza con los sectores subalternos”, entre otras definiciones. A su vez, de este análisis se desprende también uno de los principales debates historiográficos en torno a la Revolución Francesa, esto es, cuánto hay de ruptura y cuánto de continuidad entre el período preexistente al hecho revolucionario (el llamado Antiguo Régimen) y el inicio de la revolución con la coyuntura político-social abierta desde 1789.

EL MARXISMO ORIGINARIO

Los dos primeros autores que iniciaron el debate historiográfico del siglo XX desde una perspectiva marxista más bien ortodoxa fueron George Lefebvre y Albert Soboul. El eje de estos autores es el análisis de la Revolución Francesa como el

hecho político clave para la explicación de un cambio económico (estructural), a saber, el paso del feudalismo al capitalismo en Francia. Esta revolución fue motorizada, desde esta óptica, por una burguesía en ascenso en tensión con la aristocracia dominante.

George Lefebvre fue el pionero en el desarrollo de este tipo de análisis. Su hipótesis central recayó en afirmar que la causa central de la Revolución Francesa fue el ascenso de la burguesía, clase que experimentaba desde hacía años un crecimiento económico y numérico, pero dentro de una estructura económico-social en Francia aún feudal, hegemonizada por una aristocracia que basaba su privilegio en la posesión de la tierra. En definitiva, para Lefebvre, la revolución llegó para cristalizar el ascenso burgués, ya no solo en el terreno económico sino también, en un espacio político que le estaba vedado. En este sentido, la revolución fue burguesa. No obstante, Lefebvre distinguió dentro del mismo proceso revolucionario, cuatro movimientos contrapuestos. En primer lugar, la revuelta aristocrática producida entre 1787 y 1789 en la que la nobleza buscó recuperar poder dentro de un Estado que se tornaba cada vez más absoluto. Para lograr este objetivo precisó del apoyo burgués pero, dentro de este proceso, la burguesía adquirió ideas propias. El quiebre de esta revuelta aristocrática recayó en la convocatoria a los Estados Generales de 1789, asamblea de preeminencia aristocrática que discriminaba el peso de la burguesía dando inicio a su lucha contra la aristocracia, que desembocaría en la creación de la Asamblea Nacional de junio de 1789. Esta revolución burguesa fue el segundo movimiento identificado por Lefebvre, movimiento claramente influenciado por ideas ilustradas tales como la igualdad civil, la destrucción de los privilegios feudales y clericales, la igualdad impositiva, etc. No obstante, así como la aristocracia precisó de la burguesía para derrotar a la monarquía, la burguesía precisaba otros elementos para terminar con su propio proceso político. Su victoria, hacia mediados de 1789, se vio amenazada por las tentativas de cerrar la asamblea y, como forma de evitar esto, precisó del levantamiento de la población popular de París (siendo la toma de la Bastilla su principal ícono). Esta fue la tercera revolución identificada por Lefebvre dentro del mismo proceso pero con un carácter popular y el papel de los trabajadores urbanos que tuvieron un rol protagónico ante las tentativas de reacción aristocrática-real. En medio de este contexto político, la crisis económica de 1788-1789 fue el factor que, para este autor, generó la cuarta revolución, la campesina: un levantamiento nacional

de este sector, temeroso de perder sus cosechas ante las deudas con el señorío y en rechazo a los servicios de trabajo hacia los propietarios aristocráticos. Este movimiento logró su apogeo con la abolición, el 4 de agosto, del feudalismo, como parte de las medidas tomadas por la Asamblea Nacional. Lefebvre realizó un análisis más detallado de este sector social y demostró que en el marco de una revolución burguesa se desarrolló una corriente campesina autónoma en su origen, sus procedimientos, sus crisis y sus tendencias. Sin embargo, el objetivo fundamental del movimiento campesino coincidió con los fines de la revolución burguesa, esto es, la destrucción de las relaciones feudales de producción. La revolución quebró en el campo el régimen feudal de la propiedad y arruinó la organización feudal de la agricultura. Por lo tanto, la revolución campesina tuvo efectos favorables a la revolución de tipo burguesa.

Esta visión de Lefebvre, con el agregado de diversos aportes como, por ejemplo, Labrousse, quien complementó su trabajo haciendo mayor hincapié en la crisis de producción en Francia, lo que reforzó más aún la idea de descontento social esgrimida por su antecesor, fue la postura predominante por varios años. El trabajo de **Albert Soboul** no llegó para contrarrestar sino más bien para complementar, desde un marxismo aún más ortodoxo, estas pautas de análisis. Su caracterización del proceso francés recayó en la visión de una revolución no sólo política sino también social y económica. Para él, la Revolución Francesa fue la culminación de una larga evolución económica y social del ascenso burgués. Su análisis se apoyó en el marxismo dado que la revolución se explica por una contradicción entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. Los medios de producción, sobre cuya base se edificó el poder de la burguesía, se habían creado y desarrollado en el seno mismo de la sociedad feudal. A fines del siglo XVIII, el régimen feudal de la propiedad y la organización feudal de la agricultura y la manufactura no correspondían ya con las fuerzas productivas en pleno auge y constituían un obstáculo. La estructura social de fines del siglo XVIII seguía marcada por la preeminencia de la aristocracia, supervivencia de una época en que la tierra era la única riqueza y brindaba a los propietarios todos los derechos sobre aquellos que la trabajaban. Sin embargo, una larga evolución acrecentó el poder de la riqueza mobiliaria y, por lo tanto, de la burguesía que la detentaba. Así, se enfrentaron dos clases, pero la historia había

introducido en cada una de ellas matices y diferenciaciones que las privaban de toda homogeneidad.

Un aporte realizado por Soboul a la historiografía marxista de la Revolución Francesa recayó en precisar mejor aún la caracterización de la burguesía que la llevó a cabo dado que existían facciones que se encontraban integradas en las estructuras económico-sociales del Antiguo Régimen (elemento clave para la historiografía liberal) y facciones que, impulsando nuevas formas de producción se encontraban en un desarrollo limitado por la estructura feudal de la sociedad. En este sentido, existió una facción burguesa que a través de la posesión de tierras, la compra de funciones al Estado o de distintas actividades financieras, se integraba al aparato del Antiguo Régimen. A ello se opuso una burguesía comercial e industrial en ascenso obstaculizada por una estructura aún feudal. Según Soboul, se trataba ésta de una facción conciente de su desarrollo económico lo cual derivaría, a la larga, en una conciencia de sus propios intereses de clase. El ascenso capitalista con las finanzas, el comercio, la industria en combinación con los fundamentos ilustrados socavaban la ideología hegemónica y brindaban así a la burguesía una conciencia de sus propios intereses. Ésta se incrementaba aún más en la medida en que una nobleza se aferró cada vez más a sus privilegios feudales obstaculizando el desarrollo de esta clase en ascenso.

Esta segunda facción de la burguesía fue la cabeza del proceso revolucionario pero con la adhesión de sectores populares urbanos movilizados contra el Antiguo Régimen dado el contexto de crisis agrícola e industrial. No obstante, según este autor, la victoria que consiguieron los trabajadores fue una “victoria burguesa” dado que, al no poseer un programa y una organización propia, la movilización de los sectores subalternos sólo lograba dar mayor fuerza al proyecto burgués.

En relación con las diversas etapas que la historiografía suele diferenciar dentro del proceso revolucionario francés, Soboul argumentó que siempre se trató de una revolución burguesa anti-aristocrática. Los matices entre sus diversas etapas no se alejan de esta característica sino en el uso (o no) que la burguesía hará de los sectores subalternos para alcanzar sus propios objetivos. En este sentido, en lo que será un eje clave de la historiografía marxista, Soboul argumenta que la burguesía, ante la férrea defensa de sus intereses de la nobleza, debió acudir a una alianza con

las masas populares para torcer esa reacción feudal y salvar su propia revolución. Pero, el peligro que ello conllevaba para los sectores burgueses fue, lo que en el mediano plazo, llevó a esta clase a dividirse en diversas facciones.

La discusión que se desprende, a su vez, de este último punto recae en el papel jugado por los sectores trabajadores urbanos (los sans-culottes) en cuanto a la existencia de un proyecto político independiente. Contrariamente a lo argumentado por diversos autores también de esta corriente, como por ejemplo, Daniel Guérin, los sans culottes no contaron con un ideal económico radicalmente opuesto al proyecto burgués hegemónico. Sus diferencias recayeron más bien en un proyecto político que apuntaba hacia una democracia más directa, distinta a la liberal concebida por la burguesía. No obstante, para Soboul, este sector social no puede ser caracterizado como una vanguardia, embrión de una futura revolución proletaria. Esta idea se inserta dentro de una visión marxista clásica que analiza la existencia de etapas revolucionarias y caracteriza que en el marco de una revolución burguesa se engendran los elementos de la revolución proletaria que la sucederá. Para Soboul, no existen dudas acerca de que los sans-culottes profundizaron la revolución francesa más allá de los intereses de la propia burguesía pero, no obstante, no estaban aptos para convertirse en una vanguardia revolucionaria dadas sus propias contradicciones internas que impedían la concreción de una república igualitaria. De forma similar, para Soboul, el campesinado actúa en el marco de una revolución burguesa que no logró ser superada. De hecho, con su accionar colaboró con la eliminación de las estructuras feudales existentes en el Antiguo Régimen colaborando así con la concreción de una revolución burguesa.

De las temáticas analizadas por este marxismo original una de las mayormente discutidas con posterioridad será que el caso francés fue paradigmático porque la burguesía, para alcanzar el poder y acelerar el proceso de transición al capitalismo, precisó de la vía revolucionaria. Esto será clave en las discusiones historiográficas posteriores cuando otras corrientes (particularmente, la revisionista) minimice el hecho revolucionario en sí mismo y lo coloque prácticamente como un accidente histórico dentro de un proceso inevitable. Para Soboul, la burguesía francesa se radicalizó y optó por la vía revolucionaria dada la resistencia a la pérdida del total de sus privilegios por parte de una aristocracia cada vez más contrarrevolucionaria. Lo que distinguió al caso francés es que, en post de lograr sus propósitos, esa burguesía

necesitó acudir a los sectores subalternos y aliarse con ellos. De allí el carácter violento que la transición al capitalismo experimentó en Francia.

LA RUPTURA HISTORIOGRÁFICA LIBERAL

El primer quiebre historiográfico de peso con la corriente marxista recayó en **Alfred Cobban**. Su hipótesis central recayó en negar que la revolución fuera protagonizada por una burguesía en ascenso y capitalista sino que, en su gran mayoría, eran hombres conectados al Antiguo Régimen. En realidad, para Cobban, la revolución francesa fue no de capitalistas sino de “notables”. Para afirmar esto, se basó en un estudio de las profesiones de la burguesía elegida para los Estados Generales y llegó a la conclusión de que la mayoría no era proveniente del comercio o de la industria sino hombres de leyes o funcionarios gubernamentales. Para él, es este sector inserto en la estructura de gobierno y muchos de ellos poseedores de cargos anteriormente comprados, el que encabezó el proceso revolucionario. En definitiva, e invirtiendo la hipótesis marxista, la revolución no fue obra de una burguesía ascendente sino de una declinante, temerosa de quedarse fuera del poder. En este sentido, el movimiento burgués de 1789 no tenía como fin la aceleración hacia un modelo económico capitalista sino más bien todo lo contrario. De esta hipótesis de Cobban se desprende entonces (más allá de no utilizar este autor este término) la existencia de una disputa inter-burguesa por el control del poder entre una facción en declive (sobre todo la de aquellos que habían adquirido sus cargos) y una en ascenso (comercial y financiera, es decir, capitalista). Más allá de que el propio marxismo había aclarado que la revolución burguesa no supuso un inmediato paso al modelo capitalista sino que éste se desarrolló de forma paulatina, Cobban se basó en el análisis del modelo posterior al hecho revolucionario y manifestó que el orden económico que apareció desde 1789 lejos estuvo de ubicarse en el paradigma capitalista. Por esta razón, difícilmente la revolución pueda haber sido hecha como la búsqueda de una ruptura con un orden feudal y con la intención de instaurar un sistema capitalista que se hallaba obstaculizado por la estructura económica.

La visión de Cobban no fue rápidamente aceptada en sus orígenes en la década de 1950 y se tardaría varios años hasta que encuentre recepción. No obstante, su virtud recayó en esbozar la polémica idea de que la nobleza y la burguesía no eran

necesariamente dos grupos radicalmente opuestos y en pugna sino que existían matices al interior de cada uno de ellos y de esto dependió el posicionamiento político-ideológico en el transcurso del proceso revolucionario. Será esta idea la que posteriormente retomará la escuela revisionista. De hecho, la hipótesis de Cobban tiene más peso teórico como pionera de ciertas concepciones posteriores que como aporte en sí mismo para el análisis de la revolución.

EL REVISIONISMO

Sin dudas, la corriente revisionista significó un intento de cambio de paradigma de peso en la historiografía europea pero, a su vez, aportó un conjunto de ideas polémicas altamente discutidas por sus contemporáneos y sucesores. Inmersos en el clima político de un mundo bipolar y de críticas al modelo stalinista en el que desembocó la URSS, el revisionismo retoma a Cobban para, por un lado, minimizar el hecho revolucionario en sí mismo experimentado por Francia y, por otro lado, pretender un análisis de la revolución que haga eje en lo político y no en la estructura económico-social. **Collin Lucas** propuso elaborar una nueva división social de la Francia del Antiguo Régimen, diversa al clásico antagonismo nobleza-burguesía. Así, su esquema recayó en subdividir a la sociedad francesa entre aquellos que vivían de manualidades y aquellos que no pero, existiendo a su vez, zonas más difusas y de transición entre ambos sectores. El objetivo de esta nueva división recayó en demostrar cómo nobleza y burguesía compartían un mismo sentir y formaban parte de los mismos intereses en contraposición a las “clases vulgares”. En relación con esto, Lucas explicó cómo cualquier persona proveniente de la burguesía podía ennoblecerse fácilmente por el simple hecho de poseer capital (a través de la compra de cargos, títulos de nobleza, etc.) razón por la cual, las divisiones que la historiografía marxista había desarrollado eran, evidentemente, menos determinantes. De este análisis se desprendió, a su vez, la idea de Lucas acerca de la inexistencia de una conciencia de clase por parte de la burguesía francesa del siglo XVIII. De hecho, para este autor, es más bien lo contrario, dado que la clase media francesa no solo aceptaba los valores aristocráticos sino que también buscaba formar parte de ellos. Un ejemplo de esto era que los comerciantes enriquecidos frecuentemente colocaron su capital en tierras, rentas y cargos y no en la búsqueda de mayores ganancias dentro del mismo rubro comercial. Esto lo llevó a Lucas a no percibir dos sectores sociales diferenciados, uno representante del viejo sistema feudal y, el otro, símbolo de la estructura capitalista posterior.

Al no haber reales diferencias en la práctica, Lucas encontró el quiebre que inició el proceso revolucionario en la convocatoria a los Estados Generales de 1789 dado que ésta puso en práctica una verdadera distinción entre la nobleza y el resto

que, en la práctica, ya era más difusa. Esto generó que diversos sectores que, en la práctica, difícilmente puedan ser caracterizados como ajenos a la élite, se integraran como representantes del Tercer Estado en disparidad de condiciones. De este punto se desprendió la hipótesis central de Lucas del carácter de la revolución francesa, más que como un proceso económico social, como un hecho político que recayó en una revolución generada por el temor a quedar fuera del poder político y no por una búsqueda de una ruptura económica. Entonces, la revuelta del Tercer Estado fue contra la pérdida del status de los sectores medios y bajos de la misma elite, con el apoyo de diversos grupos (ejemplo, mercaderes) que se hallaban al borde de integrar este sector. Éste es el grupo social que, para Lucas, se transformaría en la denominada burguesía revolucionaria. De hecho, la futura Constitución de 1791 sería, para este autor, la verdadera cristalización de una división social (entre propietarios y no propietarios) no ficticia sino adaptada a la real coyuntura francesa. Por ello, y de aquí se desprende una de las principales hipótesis de Lucas, la revolución hizo a la burguesía y no fue hecha por ésta.

Más allá de Lucas, y partiendo de un análisis del proceso relativamente similar a éste, el ejemplo más emblemático de esta corriente es el de **François Furet** quien, desde una historia política e intelectual tuvo como objetivo principal el ataque a la visión marxista de la revolución. El centro de su trabajo recaerá en intentar demostrar porque la Revolución Francesa, contrariamente a la visión histórica generalizada, no supuso una ruptura radical ni un cambio de época. En ese sentido, desde una historia intelectual, Furet retoma a Tocqueville en su idea de caracterizar a la Revolución Francesa como una continuidad con una concepción preexistente ya desde el Antiguo Régimen, esto es, la idea de la expansión de un Estado centralizado por sobre la sociedad civil. En definitiva, la revolución logró un aspecto ya iniciado por la misma monarquía (la expansión de un Estado cada vez más centralizado) y el derrotero de este proceso no hará sino exacerbar esta característica (siendo primero el *terror* jacobino y luego el estado napoleónico los más emblemáticos ejemplos de ello). Uno de sus argumentos centrales para demostrar esta afirmación de continuidad recayó en el análisis de modelos económicos en los tiempos preexistentes y posteriores a la revolución identificando así que, prácticamente, no se produjeron cambios de peso hasta la época de Luis Felipe de Orleans. En segundo lugar, la caracterización de Furet se apoyó en que la transición al capitalismo en los diversos países europeos no

conllevó una ruptura revolucionaria para su implementación. La minimización del concepto de “revolución” de Furet responde a un debate más político que histórico que este autor desarrolló con la corriente marxista. Negar la existencia de clases antagónicas en pugna y la violencia como forma de resolución de este enfrentamiento y como característica necesaria para el cambio de sistema, brindaba validez a la traslación de estas mismas características pero a su propio presente en el cual ya no se percibía, desde ya, el antagonismo entre la nobleza y la burguesía pero sí entre esta última y los sectores subalternos.

EL NEOMARXISMO

La principal respuesta a esta visión revisionista que negó el contenido revolucionario del proceso francés llegó de la mano de una corriente marxista que, manteniendo las formas de análisis socio-económicas propias de esta vertiente historiográfica, rompió a su vez con una mirada más bien ortodoxa propia de los marxistas originarios. Los referentes de esta corriente son, principalmente, **Eric Hobsbawm** y **George Rudé**.

Hobsbawm respondió duramente a la idea de que la revolución fue, en realidad, un cambio no radical y que no necesariamente su contenido fue burgués. Éste se pregunta por qué si, en realidad, no había dos clases sociales antagónicas bien diferenciadas, los grupos no considerados nobles combatieron con tanta dureza y destruyeron los privilegios de quienes sí lo eran. Entonces, sería válido preguntarse, por qué la revolución fue burguesa aunque nadie se lo propusiera.

Para Hobsbawm, es innegable que la revolución fue burguesa y que estuvo encabezada por un grupo social que poseía una conciencia ya arraigada de sus propios intereses. Se trataba de una burguesía que se veía a sí misma como la Nación misma y como representantes de la sociedad en general, una clase que se encontró a sí misma diferenciada tanto de la aristocracia como del pueblo. En relación con ello, Hobsbawm retomó la tradición marxista originaria al caracterizar que en Francia del siglo XVIII existió un impulso de las nuevas fuerzas productivas las cuales chocaban y se veían obstaculizadas por las viejas estructuras feudales. Los intentos reformistas fracasaron contra una “reacción feudal” que no aceptaba modificación alguna a esa

estructura. Rudé compartió esta visión al afirmar que una burguesía con creciente prosperidad económica, veía negada su jerarquía social y una participación en el gobierno acorde a su riqueza.

En relación con esto, la visión revisionista de una revolución como un proceso innecesario dada la inevitabilidad de los cambios más allá de éste resulta, desde la óptica de Hobsbawm, ilógica. La burguesía francesa del siglo XVIII caracterizaba que su programa político (como por ejemplo, los ideales ilustrados y la doctrina liberal) no se llevaría a cabo desde arriba, por reformas concebidas por la propia monarquía. Es más, la burguesía visualizó que, sin el apoyo del pueblo llano, ese ideario tampoco se podría llevar a cabo y de allí la necesidad de su movilización más allá de los peligros que ello conllevara para sus propios intereses. Entonces, el apoyo del pueblo a su proyecto se tornó imprescindible para enfrentar a la aristocracia primero y luego a la contrarrevolución. Sin esa multitud no se habría producido la caída del Antiguo Régimen. Lo que, para Hobsbawm, permitió la revolución y le dio una particularidad a Francia es que, esa agitación política de la burguesía coincidió temporalmente con una crisis económica y social de envergadura que transformó finalmente una limitada agitación reformista en una verdadera revolución.

De esto se desprenden algunos aspectos a analizar. En primer lugar, evidentemente existía una burguesía con conciencia de estar llevando a cabo un cambio profundo y no simplemente reformas moderadas dentro de un régimen que aceptaban pasivamente. La decisión de movilizar a los sectores subalternos en post de sus objetivos y más allá de los peligros de ello, es prueba de esta afirmación. De aquí se desprende la hipótesis de Hobsbawm acerca de la relación entre burguesía y sectores subalternos y cómo, con el correr del proceso, las masas buscarán empujar más allá de las moderadas intenciones de la burguesía en post de su propia revolución social y eso conllevará, finalmente, la división de la propia burguesía entre aquellos sectores más conservadores que terminarán haciendo causa común con los reaccionarios y aquellos grupos revolucionarios que seguirán impulsando un proceso de cambio junto a los sectores subalternos aún con el riesgo de verse superados por ellos. Esta fórmula que Hobsbawm utilizó para explicar la dinámica de clases del proceso revolucionario francés, es perfectamente aplicable al desarrollo de cualquier revolución burguesa. En este punto, es válido agregar el análisis de Rudé, quien caracteriza a la alianza burguesía – pueblo, como una necesidad de la primera dada la

reacción feudal que restaba margen a cualquier intento reformista pero, a su vez, con características de inestabilidad ya que, una vez lograda la victoria de la burguesía por sobre el privilegio y el despotismo, las tensiones entre objetivos diferentes podrían aparecer y es allí donde una burguesía que deseaba la tranquilidad suficiente para llevar a la práctica un reformismo político podría ahora encontrar inconveniente la presión de sus ocasionales aliados. En segundo lugar, es válido preguntarse por qué (teniendo en cuenta esta visión de etapas desarrollada por la historiografía marxista) el proceso revolucionario burgués no tuvo como etapa posterior uno encabezado por los sectores subalternos. Para Hobsbawm, y aquí sí se retoma la visión marxista más tradicional, la respuesta recae en que más allá de la burguesía, no existía en Francia una alternativa política real. Solo los sans-culottes tuvieron por momentos la fuerza y organización suficiente para la imposición de un programa propio pero, el mismo, situado entre la burguesía y el proletariado, fue vencido por contradicciones internas que no desembocaron en un rumbo diverso a la vía revolucionaria burguesa.

La virtud de este marxismo contemporáneo recae en que sin abandonar un análisis de la estructura socio-económico y de la disputa entre clases como forma de explicar el desarrollo del proceso francés, logró superar ciertos dogmatismos propios del análisis marxista original que caracterizaba una sucesión de etapas históricas como un proceso inevitable y que, a su vez, evitaba matizar las contradicciones y diferencias internas que, muchas veces, existen al interior de un mismo grupo social.

EL NEOLIBERALISMO

La llamada corriente historiográfica neoliberal tuvo dos virtudes. Por un lado, poner en práctica un análisis que, sin ser parte de la corriente marxista, no descartaba la existencia de conflictos sociales y clases antagónicas con proyectos contrapuestos. Por otro lado, y en relación con lo anterior, logró superar la minimización del proceso francés que el revisionismo arguyó y las pretensiones de menospreciar el concepto de revolución como artífice de un cambio de modelo tanto político como económico. A su vez, las caracterizaciones neoliberales no minimizan el carácter opresivo de la nobleza del siglo XVIII, con intereses propios y diversos a los demás sectores sociales rompiendo así con la tendencia revisionista a menospreciar las diferencias existentes

entre este sector y la burguesía como forma de no caracterizar a la revolución como un “hecho burgués”.

Los historiadores de la llamada tendencia historiográfica neoliberal como Sewell, Jones o Markoff se sienten herederos de la corriente revisionista y coinciden en varias de las críticas que ella le hacía al marxismo. No obstante, criticaran a su escuela antecesora el haber quitado el contenido social a su análisis. En este sentido, y ello es marcado claramente por Sewell, el revisionismo pensó (esquemáticamente y de forma reduccionista) que incluir el factor social y sus conflictos dentro del análisis de un proceso histórico, llevaría indefectiblemente a ligar ese relato a una historia marxista. Ese límite debe ser, para esta corriente, superado dado que un hecho como el proceso revolucionario francés resulta imposible de explicar si se pretende dejar de lado su aspecto social. En esta línea, Jones será uno de los principales críticos de esta corriente a las visiones revisionistas que identificaban a una burguesía no con conciencia de clase sino con imbricación directa con la aristocracia hegemónica y que caracterizaban a la revolución como un hecho no deseado dentro de una continuidad de larga duración que tendía a afianzar el poder del Estado por sobre la sociedad civil. Para Jones y para la corriente historiográfica neoliberal en general, la revolución sí tuvo orígenes sociales con la burguesía como protagonista y dentro de un contexto en el que el capitalismo avanzaba (básicamente a través del comercio), al contrario de la visión de una sociedad tradicionalista que la ortodoxia revisionista proponía. A partir de ese análisis, se desprende que la idea de una burguesía y una nobleza prácticamente sin diferencias es realmente inexacta. En definitiva, existía para Jones, un avance del mundo burgués ya desde el Antiguo Régimen y éste lejos estaba de ser armónico sino que chocaba con una elite enquistada en el modelo anterior.

Hasta aquí, sería válido preguntarse en qué difiere el análisis que el neoliberalismo realiza de la burguesía en comparación con el realizado históricamente por el marxismo. En este sentido, una diferencia recae en que la corriente neoliberal no caracteriza a la burguesía como poseedora de una conciencia de clase (tal como la definía el marxismo) sino más bien como una “conciencia cívica” (siendo el famoso texto de Sieyes el principal ejemplo) que argumentaba que la Nación se hallaba en las llamadas clases útiles y, por lo tanto, se excluía viejas estructuras jerárquicas de la sociedad de privilegio existente en ese momento. El mismo Jones analiza los valores

burgueses que se fueron insertando en la sociedad francesa del siglo XVIII como factor precursor de los hechos posteriores.

Del análisis acerca de la existencia de una revolución burguesa se desprende obviamente el razonamiento de que Francia experimentó una revolución que permitió la llegada de una economía de tipo capitalista. El neoliberalismo minimiza la opinión de sus antecesores revisionistas acerca de que no se puede hablar de una revolución capitalista dado que este sistema no apareció plenamente en Francia luego de 1789. El neoliberalismo (y en este punto hay una coincidencia con el marxismo) caracteriza que, no por paulatino, la revolución no generó la transición hacia este sistema socio-económico. Para Jones, la erradicación de las viejas trabas feudales creó un ambiente más propicio al desarrollo del capitalismo comercial en general y de la burguesía en particular. La transición hacia un proceso posterior como lo fue la industrialización solo puede ser entendida con esta revolución como punto de partida.

Por último, resulta de interés remarcar que esta corriente neoliberal, sin adscribirse a las teorías marxistas, considera erróneo dejar de lado el análisis del uso de la violencia como forma de cambio y, en este sentido, la existencia de una participación de peso de los sectores subalternos en el proceso revolucionario francés. En este sentido, resulta remarcable la hipótesis de Markoff para quien, la revuelta campesina manifestada a través de un ataque (por momentos violentos) a los privilegios señoriales fue un componente importante para explicar por qué Francia logró tener posteriormente un futuro democrático. Dentro de un análisis impensado para sus antecesores liberales o revisionistas, esta corriente argumentó que la violencia popular permitió en el caso de Francia profundizar más aún las reformas lo que derivó, en definitiva, en un orden social más democrático.

Que se desprenda de una corriente historiográfica liberal la importancia de analizar el conflicto de clases, la conciencia de las mismas y la violencia como motor de cambio, ejemplifica que la historiografía de finales del siglo XX y principios del siglo XXI está experimentando quizás un proceso de síntesis que no teme recaer en ciertas temáticas por temor a la identificación con una ideología política determinada.

BIBLIOGRAFÍA

- BERGERON, Louis, FURET, François y KOSELLECK, Reinhart. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**. Siglo XXI, España, 1998. (Primera edición: 1978). Capítulo 3.
- COBBAN, Alfred. **The social interpretation of the French Revolution**. Cambridge University Press, USA, 1964. Capítulo 6.
- DOYLE, William. **Origins of the French Revolution**. Oxford University Press, EEUU, 1992. Part 1.
- FURET, François. **Pensar la Revolución Francesa**. Petrel, Barcelona, 1978. Capítulos 1 y 2.
- HOBBSAWM, Eric. **Los ecos de la Marsellesa**. Editorial Crítica, Barcelona, 1992. Capítulos 1 y 4.
- JONES, Colin. "Bourgeois revolution revived: 1789 and social change". En: KATES, Gary. **The French Revolution. Recent debates & new controversies**. Routledge, London and New York, 1998.
- LEFEBVRE, Georges. **La revolución francesa y los campesinos**. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1974. Primera parte.
- LUCAS, Collin. "Nobles, burgueses y los orígenes de la Revolución Francesa". En: KATES, Gary. **The French Revolution. Recent debates & new controversies**. Routledge, London and New York, 1998.
- SEWELL, William. "A rhetoric of bourgeois revolution". En: KATES, Gary. *Op.Cit.*
- SOBOUL, Albert. **Comprender la Revolución Francesa**. Editorial Crítica, Barcelona, 1983. Capítulo 2 y Conclusión.